



VOL: AÑO 5, NUMERO 12

FECHA: ENERO-ABRIL 1990

TEMA: CIUDAD Y PROCESOS URBANOS

TITULO: **Hacer la historia de la investigación urbana: La experiencia francesa desde 1965 [*]**

AUTOR: *Christian Topalov [**]*

SECCION: Notas y traducciones

TEXTO

No es fácil hacer la historia de las ideas menos fácil todavía escribir la historia de la propia generación. No obstante hace unos años que empezamos a hacer el balance de la investigación urbana de inspiración marxista, o radical, o crítica, la cual ha marcado tan fuertemente los años 1970 (GANNE, 1980, LEBAS, 1982; ALBERTSEN, 1985; ARIOT, 1986). Generalmente, cuando llega la hora de los balances, es que termina una época. De hecho, el período triunfal de la investigación urbana marxista ha concluido. En este campo como en muchos otros, podemos hablar, sin duda, de una crisis, en el sentido de que un estado previamente vigente del pensamiento y de la acción se desmoronó, sin todavía dar a luz a un nuevo orden de cosas legible para los contemporáneos.

El análisis que voy a proponer está basado en una experiencia particular, la experiencia de Francia y tal vez más ampliamente, la de los países industriales comparables. El balance que este coloquio va a establecer de los desarrollos latinoamericanos mostrará sin duda diferencias o desfases importantes. No obstante, la intensidad de la circulación de las ideas en nuestro campo, sin mencionar determinantes más estructurales, me lleva a sospechar que las cosas no deben ser radicalmente diferentes aquí y allá.

Empleé el término de crisis. Esta me parece evidente a tres niveles.

El objeto de la investigación urbana se desvanece, sus instituciones se desmoronan, sus conceptos se agotan.

Los objetos de investigación tales como estaban definidos hasta el día de hoy parecen de hecho pertenecer ya al pasado. El crecimiento de las metrópolis y de las regiones industriales antiguas, que creíamos sin fin, dio lugar a la recesión. El proyecto planificador tal como se había elaborado desde el inicio de este siglo al mismo tiempo que se desarrollaban los "Welfare States" se derrumbó. Los movimientos sociales a los que acostumbrábamos definir como "urbanos" se han adormecido. Y así, los objetos de investigación que se presentaban como evidentes se han descompuesto ante nuestros ojos.

Además, desde la mitad de los años setenta, los financiamientos de la planificación y de la investigación urbana se han agotado, las instituciones especializadas se han debilitado o a veces han desaparecido. La ideología del *laissez faire* y de la desregulación se ha convertido en la doctrina oficial de numerosos gobiernos. Al mismo tiempo, medios profesionales antes en plena expansión cesan de renovarse y se interrogan sobre su identidad social.

Por último, los modelos teóricos elaborados en el período anterior se han quebrantado profundamente. Instrumentos intelectuales que habían sido productivos mucho tiempo parecen perder pertinencia frente a la realidad. En efecto, en nuestro campo como en muchos otros, los tiempos han cambiado. Por las mejores y las peores razones, constatamos que todos los instrumentos de interpretación global de la sociedad hoy están cuestionados. Una vez más, hemos decretado que todo pensamiento que se reclama marxista está rebasado (Castells, 1983). Pero no se trata únicamente de los marxismos. Son todas las formas del pensamiento crítico las que son objeto de una ofensiva en regla. Entiendo por tales las posturas intelectuales que buscan las estructuras ocultas detrás de las evidencias prácticas del sentido común, y que interrogan las condiciones de posibilidad del conocimiento y de la acción, poniendo en tela de juicio el orden "natural" de la sociedad. Con el regreso triunfal de todos los positivismos nos quieren hacer creer, al contrario, que más vale describir las cosas pequeñas que explicar las grandes.

Una crisis tal no resulta confortable. Para tratar de entender qué es lo que pasó y qué es lo que pasa, no hay otro camino que hacer la historia e ir hasta el fondo del método crítico aplicándolo a nosotros mismos. Necesitamos obtener lucidez sobre las condiciones sociales de nuestra propia actividad de investigación. Este procedimiento puede conducirnos a una conclusión desagradable para nosotros en tanto que sujetos: lo que creímos haber producido, lo ha producido una coyuntura histórica, haciéndonos al mismo tiempo lo que somos.

En el fondo, los invito a un ejercicio de método a propósito de la experiencia francesa. Tal vez constataremos que no somos tan extraños como creemos y que las explicaciones domésticas que unos y otros hemos construido de nuestra situación son sencillamente demasiado estrechas para dar cuenta de lo que es común a nuestras experiencias.

1. Génesis de una "escuela francesa de sociología urbana" (1968-1975).

1.1. Una llamada a las armas: la coyuntura de los años 1960.

La Francia de los años 1960 estuvo marcada por el auge de una gestión tecnocrática del desarrollo urbano. Por primera vez en el transcurso de este siglo, el gobierno central controla directamente la planificación urbana, hasta entonces en manos de las autoridades locales. Esta evolución es un efecto directo del régimen político establecido a partir de 1958 con el regreso de De Gaulle al poder, régimen caracterizado por un debilitamiento de las instituciones electivas a todos los niveles del aparato del Estado.

No obstante, esta coyuntura no hizo más que acelerar la aplicación de un ideal reformador antiguo, el de una modernización social realizada gracias a una planificación racional que se liberaría del peso de la política. Ese era el proyecto fundamental de los urbanistas de comienzos de siglo, tanto en Francia como en otras partes, era también el de los tecnócratas de De Gaulle de los años 1960. En nombre del plan y de una ciencia de la organización del espacio, los tecnócratas llevan adelante el combate en contra de los notables locales, -notables tradicionales procedentes de las burguesías locales y dirigentes municipales surgidos del movimiento obrero-.

En el fondo, Francia experimentó entonces un proceso de centralización administrativa de las políticas urbanas parecido al que conocieron la Gran Bretaña de los años 1920 o los Estados Unidos de los años 1930. Este nuevo marco político y administrativo se establece en un período donde el crecimiento capitalista parece definitivamente estabilizado. La industria está en auge y se descentraliza, la construcción inmobiliaria conoce un boom sin precedentes desde hacía un siglo, los polos dominantes del capital financiero se

implantan en la producción del marco construido, y las políticas públicas acompañan y favorecen activamente esta evolución.

Es en esta coyuntura que el Estado hace un llamamiento a las ciencias sociales. En los aparatos administrativos de planificación, una parte de los altos funcionarios se da cuenta que ignora todo acerca de las condiciones y consecuencias sociales de su acción. Ahora bien, su proyecto modernizador es global no puede satisfacerse con una visión puramente técnica del cambio. Los tecnócratas lanzan entonces programas de investigación y recurren a la cooperación de la Universidad. Sus primeras tentativas son de los años 1963-64., pero un financiamiento en gran escala sólo se pone en marcha a partir de 1967- 68.

Pero el mundo académico resiste a las sirenas tecnocráticas. Es el resultado de una larga tradición. La Universidad en Francia se construyó en el aislamiento respecto de la sociedad, y mantiene una desconfianza profunda en contra no solamente del mundo de los negocios sino también de los aparatos del Estado. Desde la consolidación de la República al final del siglo XIX, los universitarios se consideran como los guardianes a la vez de la Ciencia y del Humanismo, investidos de la doble misión de educar al ciudadano y de protegerlo de los poderes establecidos. Es de esta ideología que proviene en parte la oposición entre "investigación fundamental" e "investigación aplicada", siendo esta última abandonada a las instituciones menores y al sector privado. Por otra parte, esta Universidad marcada por la tradición del humanismo republicano constituirá por algún tiempo una de las fuerzas de resistencia pasiva al Estado de De Gaulle, entre las cuales encontraremos también a los notables que controlan a las autoridades locales y al Senado. Además, la Universidad francesa de antes de 1968 está organizada de un modo casi feudal: el poder exclusivo de los profesores titulares de cátedra se apoya sobre un sistema de clientelas, el cual requiere el respeto de fronteras entre disciplinas tradicionales y el rechazo de todo principio de legitimidad exterior a la jerarquía académica.

Sin embargo, algunos innovadores aceptan la colaboración con las administraciones planificadoras y se convierten en Francia, en los pioneros de la investigación urbana. En conjunto, abrazan la problemática tecnocrática sin vacilación. Se fijan como meta aclarar las decisiones políticas y administrativas creyendo, sin duda, que si los que toman las decisiones saben más, actuarán mejor. Un coloquio organizado por el CNRS [1] en 1971 sobre "el análisis interdisciplinario del crecimiento urbano" expresa admirablemente este estado de espíritu (LEDRUT, 1972).

Las ciencias sociales francesas redescubren así la función del experto; este consejero del príncipe moderno que da respuestas al fin científicas a las cuestiones formuladas por los planificadores. Así es que, con más de medio siglo de retraso, una parte de los universitarios intenta adoptar una orientación que caracteriza desde hace mucho tiempo a las universidades norteamericanas. No obstante señalemos una diferencia importante entre los dos países en lo que concierne a las relaciones entre universidad y sociedad. En Francia, éstas se construyen exclusivamente en un frente a frente entre un puñado de altos funcionarios y una minoría de la jerarquía académica tradicional. En los Estados Unidos, al contrario, las sociologías especializadas que aparecen desde los años 1920, resultan de relaciones multiformes entre instituciones universitarias extremadamente plásticas y diversos grupos de la sociedad civil; primero el patronato, pero también el mundo del trabajo social y el de las profesiones. En materia de sociología urbana en particular, la escuela de Chicago nace y se desarrolla en estrecha relación con los medios reformadores locales, cuya influencia sobrevive a todas las fluctuaciones políticas. Una de las causas sociales de la fragilidad de las sociologías especializadas en Francia se debe, sin duda, al hecho de que los diferentes campos de investigación quedan débilmente

institucionalizados y profesionalizados, dependiendo su existencia esencialmente de la demanda administrativa.

No hay que extrañarse que para esos universitarios que responden al llamamiento de los planificadores, la inspiración teórica venga principalmente de los Estados Unidos. Sus investigaciones, que constituyen la innovación a mediados de los años 1960, pueden ser clasificadas en un pequeño número de corrientes, cada una de las cuales se constituyó en respuesta a una pregunta formulada en alguna solicitud estatal. No es inútil hacer un breve inventario de estas últimas, porque hoy asistimos a la reaparición de una parte de las mismas, bajo formas escasamente novedosas.

La primera cuestión fue dirigida a los economistas. Hay un proceso de urbanización acelerado del cual no se controlan ni los ritmos ni la dirección. Para planificarlo, hay que preverlo, y para eso modelizarlo. Costosos programas de investigación son lanzados entonces con el objetivo de producir modelos ecométricos del crecimiento urbano; siendo importados directamente de los Estados Unidos, conceptos, métodos y programas computarizados. Se elaboran modelos del mercado inmobiliario basados sobre la teoría del filtering up de los modelos globales de desarrollo urbano (MERLIN, 1968). Durante algunos años, East Lansing no tiene secretos para los tecnócratas franceses. No obstante, la tarea parece rebasar las competencias de los economistas académicos y, en lo esencial, es realizada por grandes oficinas de estudios privadas o semi-públicas ligadas a los grupos inmobiliarios. Los resultados obtenidos son escasos, a pesar de un conjunto interesante de investigaciones empíricas sobre la ciudad como marco construido, y en particular sobre los mercados del suelo urbano (Granelle, 1970). El fracaso de la empresa aparece pronto, cuando la construcción de modelos se degrada en fabricación de juegos urbanos con fines pedagógicos (Préteceille, 1974).

La segunda pregunta de los planificadores se refiere a los ciudadanos mismos. ¿Cómo reaccionan los hogares al medio ambiente urbano, y cómo organizar éste para favorecer la adaptación de aquellos?. La respuesta está dada por una sico-sociología culturalista que aparece desde 1958. Su postulado básico es que no existe relación causal directa entre las características físicas del marco urbano y los comportamientos de los individuos. Hay, en cambio, una interacción entre el medio ambiente y los modelos culturales, la cual conduce sea a una adaptación positiva sea a tensiones. El planificador tiene que esforzarse en concebir sus proyectos de modo de minimizar estas últimas. Esta corriente de investigación, particularmente bien representada por Paul-Henri Chombart de Lauwe, no ignora sin embargo el culturalismo norteamericano, pero descansa sobre todo sobre una tradición indígena, la de las encuestas sobre las familias y los barrios que los trabajadores sociales, sobre todo de tradición católica, realizan desde hace decenios. Se trata sobre todo de encuestas cualitativas sobre los comportamientos urbanos de los hogares (Chombart de Lauwe, et. al. 1952, 1960; Cornuau et. al., 1965), pero también de estudios cualitativos en la tradición de los community studies, tan pronto sobre los nuevos conjuntos habitacionales (Clerc, 1967; Lamy, 1971), como sobre barrios antiguos afectados por la renovación urbana (Coing, 1966). Se trata también de encuestas por entrevistas, destinadas supuestamente a revelar los modelos culturales de la población, en particular a propósito de la vivienda y de la propiedad (Haumont 1966; Haumont et. al., 1971).

Una tercera pregunta planteada por el contratista estatal es más reflexiva. ¿Cuáles son los obstáculos que se oponen a la mejora del instrumento de planificación y, en particular, como eliminar los obstáculos que las autoridades locales oponen a la racionalidad tecnocrática?. Interviene entonces la sociología de la decisión.

Al contrario de la tradición humanista y reformadora representada por Chombart, esta racionalidad se desinteresa totalmente del contenido efectivo de las decisiones planificadoras y de sus efectos eventuales sobre las poblaciones. Su propósito es solamente revelar el sistema social que produce las decisiones públicas. El análisis estratégico pone en escena actores, internos o externos al sistema institucional, los que utilizan un conjunto complejo de recursos para influenciar las decisiones políticas y administrativas. Reconocemos aquí los postulados de la sociología norteamericana de las organizaciones y ciertos trabajos sobre los sistemas políticos locales de Robert Dahl a Terry Clark, acercamientos de los cuales Michel Crozier fue el importador a Francia. Estas investigaciones se ocupan de las administraciones de la planificación urbana (Thoenig, Friedberg, 1970, Thoenig, 1973) y de los sistemas políticos locales (Worms, 1966; Birnbaum, 1973; Grémion, 1976). Se trata de mostrar que los procesos de decisión son bien diferentes de lo que los organigramas administrativos tenderían a hacer creer.

Así, la visión acostumbrada de una política urbana que sería concebida en la cumbre del Estado y aplicada localmente gracias a un aparato administrativo jerarquizado, no corresponde a la realidad: el prefecto, por ejemplo, es tanto un representante del gobierno en los departamentos como un representante de los notables locales ante el poder central. Este análisis, que ignora por principio todo lo social presente en el juego político que no sea sencillamente la maximización de la influencia haría, nos lo figuramos, las delicias de los altos funcionarios más sutiles.

Al mismo tiempo existen otras corrientes al margen de la demanda estatal de investigación. Las mismas son relegadas a un segundo plano por la investigación urbana oficial y luego por la corriente marxista. Sin embargo establecen las bases de desarrollos que conocerán un nuevo auge en los años ochenta.

Algunos de estos trabajos tratan del urbanismo como disciplina. Ampliamente inspirados en la semiología urbana de Lynch, estudian la ciudad como un sistema de signos y símbolos. En su fundamento, se encuentra la creencia de que el urbanismo tiene una misión: diseñar una forma urbana legible por los ciudadanos y crear así un orden simbólico. Un tal punto de vista desemboca en una crítica del urbanismo funcionalista entonces dominante, y no tendrá mucho éxito ante los tecnócratas de los años 1960 (LEFEBURE, 1967). Esta corriente da lugar a los primeros trabajos franceses sobre las formas urbanas y sobre la historia del urbanismo (Choay, 1965; Itopp, 1967), y anuncia la investigación histórica sobre la arquitectura urbana, que comenzará a desarrollarse a fines de los años 1970 (Castex, De Paule, Panerai, 1977). Por otro lado, una versión marxista del mismo humanismo crítico está representada por Henri Lefevre, Filósofo de la alienación y de la cosificación, quien extiende sus análisis de la vida cotidiana en el régimen capitalista a través de una reflexión sobre la ciudad. A pesar de que su pensamiento marcó profundamente una parte del movimiento estudiantil de 1968, el mismo será considerado como puramente especulativo e ignorado entonces por la investigación urbana marxista de los años 1970.

En fin, la gran tradición de la geografía humana francesa produce descripciones minuciosas de la urbanización contemporánea (Bastie, 1964; Association Universitaire, 1967) y algunos historiadores empiezan a interesarse en la ciudad. Entre ellos, algunos estudian los orígenes de las políticas de vivienda social (Guerrand, 1966; Raymond, 1966), y otros emprenden las grandes tesis sobre la historia urbana (Gaillard, 1977; Jacquement, 1984) y prepararán de este modo la vía a una entrada posterior de su disciplina en este campo de investigación.

1.2 La ruptura de 1968.

A partir de 1968, se producen una serie de cambios que modifican sustancialmente el paisaje institucional e intelectual de la investigación urbana.

La política urbana del Estado inicia un giro importante. Los grandes intereses financieros están ahora implantados en el sector inmobiliario y colaboran estrechamente con los centros de poder político a fin de orientar las grandes operaciones de urbanización. Las decisiones importantes escapan cada vez más a los organismos técnicos y la ideología planificadora se debilita. Paradójicamente, esta situación otorga a la tecnocracia un margen de libertad más amplio para concebir sus programas de investigación. Por otro lado, la convulsión social de 1968 plantea al Estado una cuestión de envergadura: ¿cómo hacer para que eso no se produzca más?. El discurso político del "gaullismo" conoce entonces un período claramente reformador.

En esta coyuntura, los financiamientos para la investigación urbana aumentan sustancialmente. Los nuevos equipos a los que se confía su gestión disponen de una autonomía muy grande en la orientación de los programas. Estos equipos estiman que el Establiment académico de las ciencias sociales, él mismo considerablemente debilitado por la crisis universitaria, ha fracasado. No solamente se resistió en general, a la apertura de la administración, sino que mostró también su incapacidad de innovar lo suficiente para responder a los grandes desafíos de la urbanización y de la crisis social. La administración intenta entonces conformar un nuevo medio de investigación financiando una multitud de pequeñas asociaciones al margen o fuera de la Universidad y del CNRS. Una nueva generación de investigadores va a nacer de esta política, la cual pone en igualdad de condiciones frente a las fuentes de financiamiento a los outsiders y a los patrones universitarios, para escándalo de éstos últimos.

Apartados de las obligaciones del sistema académico y a menudo ignorantes de sus tradiciones, estos jóvenes investigadores son en cambio totalmente dependientes de su alianza con las instituciones que los financian.

La nueva generación que va a suministrar su personal durante diez años a la investigación urbana, es el producto de una coyuntura intelectual y política muy particular. Estos diplomados de 1968 son, según la fórmula consagrada, los hijos de Marx y de la Coca-Cola.

El clima internacional de fines de los años sesenta estaba marcado en efecto, por un vigoroso crecimiento capitalista, la distensión Este-Oeste, y el ascenso de fuerzas revolucionarias en la "zona de las tempestades". En Europa, el movimiento obrero y las organizaciones políticas de izquierda, recuperan un vigor que habían perdido en los años que siguieron a la Liberación. La larga expansión de la post-guerra originó nuevas tensiones sociales. En Francia, el partido comunista se involucra en una estrategia de cambio democrático fundada sobre una alianza con los socialistas; el partido socialista se renueva y abandona su política centrista, y la izquierda parlamentaria ofrece muy pronto la perspectiva de un programa común de gobierno (1972-1977). Por otro lado, las organizaciones de extrema-izquierda están activas y expresan la radicalización de una parte de la juventud. La acción sindical es con frecuencia unitaria y se apoya sobre un poderoso movimiento popular que culmina en las huelgas de mayo-junio 1968.

En el campo intelectual, esta coyuntura se expresa por una renovación del marxismo, o más bien de los marxismos. Se trataba de algo muy diferente de las doctrinas que habían cristalizado durante el período staliniano y la guerra fría (Anderson, 1976). Era el renacimiento de un marxismo occidental, a la vez más teórico y más empírico, una teoría caja de herramientas, de alguna forma, cuya principal ambición era analizar las cosas tales como son antes que decretar lo que deben ser. Este fenómeno era internacional y

daba lugar a desarrollos muy diversos, en filosofía y en epistemología, en historia, en antropología, en economía política. Los intercambios intelectuales eran para entonces intensos entre las corrientes marxistas de los países industrializados del centro y los de la periferia, y muy particularmente entre Francia y América Latina. En cuanto a las polémicas feroces entre diferentes escuelas marxistas, las mismas atestiguan sobre todo la vitalidad del marxismo.

No obstante me parece que el auge de los marxismos, el aspecto más sobresaliente del período, formaba parte de una coyuntura intelectual más amplia. Esta se caracterizaba por el desarrollo multiforme de un pensamiento crítico y el retroceso provisorio del positivismo. La variante francesa del fenómeno era principalmente el estructuralismo, postura teórica que recusaba radicalmente las evidencias del sentido común, y en particular la principal de ellas: la soberanía del sujeto. Los que se reclamaban marxistas y muchos de los que lo ignoraban o lo rechazaban, se encontraban así sobre un terreno epistemológico ampliamente común.

1.3. Nuevos objetos.

Sobre estas bases se va a desarrollar una nueva investigación urbana, de la cual Francia será por algún tiempo el polo más dinámico. No se trataba de dar nuevas respuestas a antiguas preguntas, sino de definir nuevos objetos de investigación, de dar al fin un fundamento a la sociología urbana (Castells, 1968). Los problemas tradicionalmente formulados por los clientes estatales son recusados y reformulados. El medio ambiente urbano deja de ser aceptado como algo dado a lo que los ciudadanos tendrían que adaptarse individualmente, para ser concebido como un producto social que resulta a la vez de la dinámica de la acumulación capitalista y de la acción colectiva. Las "tendencias espontáneas de la urbanización" que los planificadores son llamados a controlar, ya no son vistas como el efecto de las fluctuaciones del mercado, sino como la manifestación del orden capitalista y de sus contradicciones. Ya no se trata de medir la eficacia de los instrumentos de la política urbana en función de los objetivos oficiales de la tecnocracia, sino de incluir al Estado mismo y sus políticas en el campo de análisis. Se trata de poner al día las relaciones estructurales objetivas que ligan a los agentes de la urbanización independientemente de las representaciones que éstos poseen de su acción.

En resumen, la ciudad ya no es definida como algo naturalmente dado, como un conjunto de mecanismos de mercado, como un objeto de planificación o como una cultura: es el producto de la estructura social en su totalidad, a la vez el resultado y lo que está en juego en las contradicciones entre clases. En el seno de esta estructura, ningún elemento puede por lo tanto ser considerado como dado. Ya sea que se trate del marco construido, de las políticas públicas o de las prácticas sociales, ya no hay variables independientes y todo debe ser analizado simultáneamente como parte de un mismo proceso, la urbanización capitalista. No se pueden estudiar los usos de la ciudad sin estudiar también su producción. No se pueden considerar separadamente los agentes económicos privados y la acción pública. No se puede aislar la técnica de la política, ni esta última de los movimientos sociales. Se trata de la abolición de las fronteras entre disciplinas académicas y la nueva investigación urbana movilizará efectivamente sociólogos y economistas, juristas y arquitectos.

Como todo movimiento intelectual conducido por agentes exteriores al sistema establecido de legitimación cultural, la investigación urbana marxista de los años setenta comenzó por hacer tabla rasa del pasado y de la tradición. Convencida de subvertir las preguntas que le dirigía el Estado, creyó liberarse también de los efectos del encargo administrativo sobre su propio desarrollo. Este olvido de los orígenes y este desconocimiento de las condiciones históricas de la producción intelectual, darán a la

investigación urbana francesa de los años setenta una creatividad innegable, pero estarán cargados de consecuencias.

Sea lo que sea, a partir de esta decisión teórica de reinsertar la ciudad en la dinámica global de la acumulación capitalista y de sus contradicciones, podían definirse nuevos objetos de investigación empírica.

Si la ciudad es un producto social, hay que comenzar por estudiar su proceso de producción y para ello superar su representación neoclásica como un conjunto de mercados independientes de la acción planificadora. Hay que analizar a la vez la acumulación del capital en las producciones urbanas y el papel de las políticas públicas en este proceso. De donde resulta un conjunto de trabajos sobre la producción de los elementos del marco construido y sus agentes (Asher, Lacoste, 1974), en particular encuestas sobre los promotores inmobiliarios (Topalov, 1974), la actividad de los bancos en el sector inmobiliario (Combes, Latapie, 1974), las empresas de la construcción (Combes, 1978). Se emprenden investigaciones sobre la historia de las formas de producción y de propiedad de la vivienda (Lescure, 1982; Topalov, 1987). Se desarrolla un debate sobre la teoría de las rentas urbanas del suelo (Lipietz 1974; Lafont, Leborgne, 1977; Topalov, 1984) y los mecanismos de formación de los precios inmobiliarios son reexaminados (Carassus, 1983). El papel de la planificación en la organización espacial de la producción del marco construido es estudiado especialmente en el caso de los grandes conjuntos (Preteceille, 1973) y de la renovación urbana (Godard et. al. 1973, Duclos, 1973).

En este estudio de la producción de la ciudad, se observa sin embargo una laguna que caracteriza de manera general la investigación urbana del período: son escasos los trabajos sobre el papel de la industria y de los servicios en la urbanización (Scott, 1986). A pesar de algunas investigaciones sobre la planificación de las infraestructuras del desarrollo industrial y sobre todo sobre el funcionamiento de los mercados de trabajo (Coing, 1982), las relaciones entre los cambios en la división del trabajo y las formas de urbanización resultan entonces poco estudiadas (Freysenet, 1977).

De hecho, la ciudad es definida básicamente como el espacio del consumo colectivo y de la reproducción de la fuerza de trabajo (Castells, 1972). A pesar de las objeciones de quienes insisten en teoría sobre la ciudad como sistema productivo (Lojkine, 1977; Préteceille, 1981; Préteceille, Terrail, 1985), los trabajos empíricos tratan principalmente sobre los equipos y servicios urbanos que proveen los medios de un consumo socializado. Una serie de investigaciones estudian las políticas públicas en materia de equipos colectivos (Dagnaud, 1978) y en particular las relaciones entre políticas de la vivienda y reproducción de la fuerza de trabajo (Magri, 1977). En estos campos, la necesidad de estudios históricos se hace sentir pronto, por ejemplo en relación con los orígenes del metro parisino (Ghereau, 1969-1970) o con la legislación en materia de vivienda social (Magri, 1972). Otros trabajos analizan los dispositivos espaciales que resultan de las políticas de equipamiento urbano y los procesos de segregación a ellos ligados (Pincon Charlot, Préteceille, Rendu, 1986). Mientras que las investigaciones anteriores están centradas sobre las políticas públicas, otras llevan a cabo indagaciones sobre los movimientos populares que se desarrollan a lo largo de los años setenta a partir de los problemas urbanos (Castells, 1973), en particular alrededor de los problemas de la vivienda (Castells et. al 1975) y de los transportes colectivos. (Cherki, Mehl 1979). A pesar de que se trate todavía de una orientación poco difundida, es en el campo del consumo colectivo que aparecen pronto los límites del solo estudio de las políticas públicas y de la acción colectiva, y la necesidad de tener en cuenta las prácticas cotidianas de los habitantes mismos (Chamboredon, Lemaire, 1970; Godard, 1975).

El estudio de las políticas urbanas locales se esfuerza por sintetizar estos diversos acercamientos sectoriales y por reintroducir a la vez la complejidad de las relaciones de clase y el juego específico de lo político. Son así realizadas numerosas monografías, tanto sobre grandes ciudades como París (Lojkine, 1972, Dagnaud, 1983), Lyon (Lojkine, 1974), Marsella (Bleitrach, 1981) o Lille (Lojkine, Delacroix, Mathieu, 1978), como sobre ciudades medianas (Huet, et. al 1977), o sobre las nuevas regiones urbanas nacidas de la expansión industrial como la de Dunkerque (Castells, Godard, 1974, Veltz, 1977) o la de Fos (Bleitrach Chenu, 1979).

La difusión internacional de este conjunto de trabajos devuelve pronto a sus autores la imagen de una "escuela francesa de sociología urbana marxista", cuya problemática teórica se acerca a la que se desarrolla en otras partes, especialmente en Gran Bretaña y en Italia, en los Estados Unidos, y en varios países de América Latina. La investigación urbana de inspiración marxista se impone entonces como una tendencia internacional y conquista posiciones institucionales, en particular en el seno de la Asociación Internacional de Sociología. Es paradójicamente en este momento mismo que la investigación urbana francesa entra en crisis.

2. Cambio de coyuntura y eclipse de la investigación urbana francesa (1975-1987).

21. La entrada en la crisis.

Es en la segunda mitad de los años 1970 que aparecen en Francia los primeros signos de un nuevo período y, al inicio de los años ochenta se hace evidente que "la escuela francesa de sociología urbana marxista" esté en decadencia. La investigación urbana como campo específico está en declinación, el conjunto de investigadores que se había constituido se encuentra disperso, las problemáticas hasta entonces dominantes son cuestionadas tanto desde afuera como desde adentro. Es este eclipse a la vez institucional, político e intelectual que quisiera ahora analizar.

No es sorprendente que se produzca un giro alrededor de 1975. Los historiadores de mañana sabrán sin duda ver mejor que nosotros como la entrada del capitalismo mundial en un largo período de crisis y de reestructuración produjo efectos profundos en todos los campos de la vida social. En todo caso, las condiciones en las cuales la investigación urbana se había desarrollado hasta entonces en Francia, conocen entonces cambios fundamentales.

Acelerando una tendencia que había comenzado a manifestarse desde hacía varios años, la depresión industrial se acompaña de una detención brusca del crecimiento urbano y de una modificación de sus formas. No solamente la decadencia de las regiones industriales tradicionales se vuelve un verdadero derrumbe, sino que los complejos ultra-modernos que acaban de ser realizados masivamente, en particular en la siderurgia y la petroquímica, entran brutalmente en crisis. Las grandes operaciones de urbanismo van hacia la quiebra y son interrumpidas o frenadas. Las nuevas ciudades y los grandes conjuntos dan lugar a la construcción difusa de casas individuales en las periferias lejanas y las renovaciones urbanas a la rehabilitación, principalmente especulativa, de la vivienda existente. El sector público de la vivienda es condenado a la asfixia y las políticas de equipamiento urbano son sacrificadas a la austeridad presupuestal. El capital financiero se desvía de la construcción inmobiliaria, cuya conquista le había requerido diez años.

El presidente Giscard d'Estaing, electo en 1974, puede ser considerado como un símbolo de la nueva política urbana que acompaña la crisis. La suspensión de los grandes programas es justificado por medio del discurso del crecimiento suave y de la calidad de la vida, y el abandono de las ambiciones planificadoras del gaullismo por medio de la

descentralización de las políticas urbanas al nivel local. Al mismo tiempo, los movimientos sociales que se habían desarrollado en la década anterior frente a las consecuencias de la urbanización acelerada, se desvanecen y una buena parte de las reivindicaciones formuladas por los grupos ecologistas pueden ser recuperadas por la nueva línea gubernamental. A pesar de una orientación más "social" los gobiernos de izquierda que siguen a la elección de Mitterand a la presidencia en 1981, persiguen también una política de acompañamiento de la disminución del crecimiento urbano, llevando a cabo el proceso de descentralización de poderes hacia autoridades locales.

Esta política tiene como consecuencias la liquidación o la congelación de los organismos centrales de planificación establecidos en los años sesenta y, correlativamente, una reorientación de los programas de investigación urbana y una fuerte disminución de los financiamientos. Los equipos que los habían administrado durante los diez años anteriores están dispersos. Una investigación urbana que el Estado había creado de la nada, sólo podía derrumbarse cuando éste la abandona. Este vuelco dejaba sin embargo un problema no resuelto: ¿qué hacer de los centenares de investigadores que estaban financiados anteriormente por la administración?. La solución adoptada en 1976, en gran parte bajo la presión de los sindicatos involucrados, fue la de transferir la mayoría de estos investigadores hacia las instituciones tradicionales de investigación, esencialmente el CNRS, y dejar los demás evaporarse. Pero el regreso del hijo pródigo no dejó de tener consecuencias sobre la orientación ulterior de la investigación. El reconocimiento profesional asegurado antes por una relación privilegiada con las administraciones comanditarias desaparecía, y una nueva legitimidad tenía que ser conquistada por los recién llegados a los marcos académicos tradicionales. Ahora bien, la investigación urbana se había desarrollado al margen de los debates generales de las disciplinas involucradas, había generado un número limitado de publicaciones reconocidas por el mundo universitario, y había mantenido a los investigadores que se habían involucrado en ellas fuera de los procesos clásicos de acceso a los poderes institucionales. Al mismo tiempo, después de la conmoción y las reformas de 1968, la Universidad Francesa conocía una clara restauración de las posiciones de los mandarines menos marcada sin embargo en el CNRS y en particular en una disciplina como la sociología. Para bien o para mal el medio de la investigación urbana creado por el boom de los financiamientos de los años setenta se fundió así en las instituciones académicas y se sometió a sus normas profesionales.

El cambio de coyuntura evidentemente no concierne solamente a las políticas urbanas y a las instituciones de investigación. Con la crisis, los países industriales desarrollados de los años ochenta entran en un nuevo período histórico. Alrededor de 1960 había comenzado un ciclo de ascenso de la conflictualidad social, de reforzamiento de los movimientos obreros, de aparición de nuevas formas de cuestionamiento de los poderes establecidos. Esta ola de fondo había encontrado expresiones políticas diversas, a través de los éxitos de las políticas liberales, laboristas, social-demócratas y, en Europa del sur, con el ascenso de lo que se llamaba entonces el "euro-comunismo". Una tal coyuntura marcó profundamente el campo intelectual y favoreció el desarrollo multiforme del pensamiento crítico, poniendo en tela de juicio los órdenes establecidos. A la inversa, el período de reestructuración capitalista que comienza a mediados de los años setenta, produce a su turno sus efectos. En Francia, se manifiesta a nivel social por la regresión tanto de los sindicatos como de los "nuevos movimientos sociales", y a nivel político, por el fracaso de los gobiernos de izquierda y el derrumbe del partido comunista. Es en el contexto de estas experiencias que hay que entender el debilitamiento del pensamiento de origen marxista, el cual tiene que reevaluar sus experiencias y sus límites si quiere continuar produciendo y enfrentando la moda ideológica actual que se esfuerza por enterrarlo.

2.2 Interpretar los "marxismos urbanos" de los años setenta

La crisis de la investigación urbana francesa no es solamente el efecto de condiciones institucionales desde ahora desfavorables, es también una crisis teórica, es decir, un cuestionamiento de los objetos que habla construido. El campo intelectual de los años setenta permitía de hecho "ver ciertas cosas" e impedía ver otras que vinieron al primer plano desde entonces.

Estas modificaciones de la visión sabía que una sociedad adquiere de ella misma se producen periódicamente, y constituyen en el fondo la historia de las ciencias sociales. Para interpretarlas, tenemos que intentar comprender como nace un objeto "científico" en la interacción entre el mundo de la investigación y el mundo en cuanto tal. No es nada fácil.

El idioma de la teoría expresa siempre algo distinto de lo que cree expresar. De hecho no puede transponer en el campo intelectual y según las reglas específicas del mismo, una situación histórica; es decir, en primer término, la relación práctica con la realidad social de quienes habían. Interpretar el marxismo urbano de los años setenta, es entonces tratar de aclarar las relaciones entre su contenido y las contradicciones mismas de su producción.

La condición mayor de una nueva definición de la ciudad como objeto de investigación fue la interacción entre el Estado planificador y una generación de investigadores en una coyuntura de ascenso de las tensiones sociales. El contenido, los límites y la fragilidad de las formulaciones teóricas de la época estaban inscritos en esta situación. En otros términos, me parece que la disolución ulterior del objeto "ciudad" tal como había sido constituido en los años setenta fue el efecto de las condiciones mismas de su construcción.

La ciudad era definida por el Estado como el campo de investigación privilegiado en el momento mismo en que el Estado enfrentaba una crisis social de envergadura. Esta situación designaba la "cuestión urbana" como objeto esencial de la teoría. Es por eso que la crisis de la ciudad capitalista y la de sus formas estatales de regulación eran puestos de entrada en el centro del discurso sabio, obscureciendo otros objetos menos visibles.

La reinserción de los fenómenos urbanos en el análisis de las estructuras globales del capitalismo permitía cuestionar el positivismo, pero planteaba una cuestión epistemológica inevitable: ¿se puede considerar la ciudad como un objeto científico?. En otros términos, la sociología urbana es una disciplina fundada en la teoría, o sencillamente un campo de investigación definido empíricamente?. En el fondo, el problema no es nuevo, y ciertas respuestas le habían sido dadas en el pasado cada vez que se había intentado constituir una ciencia de las ciudades como instrumento de un proyecto de transformación social. Era, por ejemplo, al inicio del siglo, el "Civics as Applied Sociology" de Patrick Geddes o el "urbanismo" de Marcel Poète, después en los años 1920, "la cultura urbana" de los sociólogos de Chicago.

En lo que respecta a la definición teórica de su objeto, la investigación urbana francesa de los años setenta se dividía en dos tendencias principales, cuya oposición expresaba relaciones prácticas diferentes a la crisis política, pero que tenían en común el hecho que precisamente la política, y por lo tanto el Estado, se encontraban en el centro de las cuestiones a las cuales querían responder.

Los investigadores de una primera corriente, representada en particular por Castells, fundaban el objeto "ciudad" sobre el concepto de consumo colectivo. A través de esta

decisión teórica, se proporcionaban el medio no solamente de legitimar la existencia de una "sociología urbana", sino también de pensar el surgimiento de nuevos movimientos sociales. Una posición tal correspondía entonces a una sensibilidad política compartida a la vez por militantes de extrema-izquierda y una parte de la izquierda no comunista. Esta corriente de investigación ponía en el centro del análisis las formas de conflictividad social que no nacían en la empresa a partir de los problemas de trabajo, no tenían una base de clase única y no adoptaban las formas de organización y de expresión política tradicionales del movimiento obrero. Fundando una sociología sobre una definición de la ciudad como espacio del consumo colectivo, se podía dar un nombre a esta realidad que representaba a la vez el porvenir y la esperanza, inventar, pues, los "movimientos sociales urbanos". El edificio descansaba por lo tanto sobre una coyuntura histórica muy singular y su fragilidad se volvió evidente con la crisis. De un lado, los movimientos sociales en cuestión perdieron su fuerza ya sea porque obtuvieron resultados y se institucionalizaron, ya sea porque los problemas que les hicieron nacer cambiaron de forma. Por otro lado, el problema del empleo se volvió el centro de las preocupaciones populares, y la gestión del desempleo un aspecto esencial de las políticas públicas. Con la reestructuración en curso de la división espacial del trabajo, estamos al fin obligados a redescubrir la ciudad como espacio de la reproducción industrial.

Por su parte los investigadores de la segunda corriente esperaban el cambio social de un cambio político al nivel del Estado. Generalmente inspirados por la teoría del capitalismo monopolista de Estado tal como la desarrollaban entonces los economistas del partido comunista francés, privilegiaban el análisis de los mecanismos de la acumulación del capital y de la reproducción de la fuerza de trabajo en la ciudad, y de las políticas públicas que los acompañaban. Se trataba de sacar a la luz las raíces de la crisis y definir las nuevas políticas que permitirían salir de ella. El paralelismo de los coloquios sobre el urbanismo organizados en 1974 por la administración (Politiques urbaine 1974) y por los intelectuales comunistas (Centre d'Etudes et de Recherches Marxistes, 1974, "Pour un urbanisme", 1974), es desde este punto de vista totalmente contundente. En esta perspectiva, la ciudad se disolvía como objeto específico. Sencillamente era un campo cómodo para estudiar procesos generales en curso en una sociedad capitalista desarrollada. Esta orientación teórica favorecía la fragmentación de la investigación urbana precisamente cuando la coyuntura iba a cambiar. Además, empujaba a su extremo límite una característica común de los trabajos de inspiración marxista de este período: la fascinación por el Estado. Aquí también, la experiencia histórica debía conducir a una seria reevaluación. Con el fracaso de los gobiernos de izquierda en Francia (1981-1986), hubo que constatar que en ninguna parte en Europa los partidos apoyados en el movimiento obrero pudieron ocupar el Estado para llevar adelante una política de transformación social radical. Ya sea que haya privilegiado el estudio de los movimientos sociales urbanos o el de las contradicciones de la acumulación capitalista, la investigación urbana de los años setenta en todos los casos definió sus tareas a partir del objeto, entonces más visible: el Estado, sus políticas, su crisis. Este objeto ocultaba otros, en particular todas las realidades sociales que no se pueden ver a partir de las clasificaciones prácticas producidas por el Estado mismo, y que tal vez permiten precisamente entender cómo una crisis política puede encontrar un desenlace conservador.

En este punto, no es posible evitar una cuestión turbadora. La investigación urbana de inspiración marxista nació, en Francia como en otras partes, de una curiosa colaboración entre administraciones públicas y una generación de jóvenes diplomados radicalizados. La paradoja es sólo aparente: en el caso francés, vimos como una tecnocracia modernizadora confrontada a problemas sociales y administrativos inéditos había movilizado durante un corto período los antiguos estudiantes de 1968 contra las resistencias del sistema académico. Pero hay que medir las consecuencias de esta

situación sobre la orientación de la investigación y sobre la teoría misma. Las administraciones comanditarias querían elementos de saber que pudieran esclarecer las políticas públicas, los investigadores respondían con un análisis crítico de estas políticas públicas, de sus determinantes sociales y de sus efectos. Este frente a frente tenía una consecuencia inevitable, a pesar de que era mal percibida en ese momento: el campo intelectual de la investigación se encontraba estructurado por una definición estatal de los "problemas" y por lo tanto, por una partición de la realidad social que correspondía a las necesidades de las políticas del Estado. Hasta aquí no se trata de una novedad. Las ciencias sociales nacieron de un proyecto eminentemente práctico, el de los reformadores sociales del fin del siglo XIX, pronto sustituido por los aparatos de los Welfare States modernos (Topalov, 1985). A pesar de la autonomía del campo donde se produce el discurso sabio sobre la sociedad -o si se quiere, la teoría- en ningún momento se puede entender la evolución de nuestras disciplinas independientemente de las categorías prácticas nacidas en la gestión de lo social por los poderes establecidos.

Así, no creo que el desarrollo de la investigación urbana entre el inicio de los años sesenta y el fin de los años setenta tanto en los países capitalistas desarrollados como en América Latina, haya sido sencillamente la consecuencia de la eclosión de problemas urbanos a los que había que dar soluciones. Entre las cosas y las palabras que una sociedad adopta para nombrarlas, hay una diferencia esencial, porque las formas de la representación están siempre organizadas por las relaciones prácticas de los hombres entre sí. Ahora bien, en el siglo XX, los problemas sociales a resolver están definidos en lo esencial a partir de los instrumentos de acción disponibles por el Estado. Si la "cuestión urbana" se volvió central en Occidente durante veinte años, es porque la ciudad fue planteada como el lugar estratégico de la gestión estatal de los conflictos sociales. Y si las políticas urbanas se volvieron el objeto principal de las investigaciones, era porque este modo de gestión había entrado en crisis.

2.3. Nuevos objetos

A partir de la segunda mitad de los años 1970, empiezan a diseñarse las nuevas tendencias de investigación que serán las de los años ochenta. Algunas se desarrollan al interior de la corriente marxista, a la cual la estabilización social que sigue al giro de 1975, plantea de nuevo una cuestión clásica: cómo entender la extrema solidez del orden capitalista y sus capacidades de adaptación y de reestructuración. Otras orientaciones en cambio, tienen como punto de partida un rechazo más o menos radical del punto de vista marxista. Se trata tan pronto de otras formas de pensamiento crítico, como de múltiples variantes de un positivismo que regresa pujante después de un largo período de eclipse aparente.

A pesar de la diversidad de estos desarrollos, me parece que comparten un elemento común. La cuestión fundamental, la que determina la elección de los objetos de investigación, se desplazó. En los años setenta, era la del cambio político, en los años ochenta, la de la reproducción social. Hoy se trataría de entender como los cambios rápidos que se observan a ciertos niveles de la realidad son compatibles con la estabilidad de ciertas relaciones sociales fundamentales. Este deslizamiento de puntos de vista hace surgir una serie de nuevas cuestiones y de nuevos objetos.

La cuestión de la crisis y de los cambios de la relación salarial.

Hace unos doce años que el capitalismo mundial ha entrado de nuevo en una crisis estructural, la cual se acompaña de cambios profundos en la división espacial del trabajo. Esta experiencia histórica fijó una tarea evidente a la corriente marxista y la condujo a una primera serie de reevaluaciones.

En primer lugar, las transformaciones en curso en la industria pasaron al primer plano de las preocupaciones, tendencia favorecida en Francia a partir de 1981 por nuevos programas de investigación financiados por la administración. De esto resultó un desplazamiento de numerosos investigadores de los problemas urbanos a los problemas industriales y, en una menor medida, un redescubrimiento de la ciudad misma como espacio de la producción.

Por otra parte, apareció poco a poco que la crisis actual tiene como raíz una mutación del régimen de acumulación, es decir, en primer término, un cambio de las formas de la división social y espacial del trabajo. Estos desarrollos contribuyeron a hacer retroceder el "economismo" de una parte de la investigación de los años setenta, es decir la tendencia a definir las contradicciones capitalistas a partir de la circulación y del valor y de la repartición desigual de la ganancia, y no de la producción misma. De allí resulta el éxito de las investigaciones fundadas, sea sobre el análisis del proceso de trabajo concreto y en particular las que tratan de la automatización (Freyssenet, 1981), sea sobre el concepto de regulación, en particular las que estudian la crisis del régimen fordista de acumulación, (Aglietta, 1976). Estas investigaciones abren la vía a un estudio de los modos urbanos de vida a partir de las realidades del trabajo industrial (Campagnac, Tabary-Taveau 1979; Bobroff, Campagnac, Veltz, 1980).

En fin, la interpretación de la crisis fue uno de los factores que contribuyeron a reubicar las investigaciones históricas en el primer plano. Si es verdad que vivimos actualmente el fin de un largo período del capitalismo, el estudio de su implantación se vuelve esencial. De allí el desarrollo de investigaciones sobre los orígenes de las formas de división del trabajo fundadas sobre la mecanización y sobre la instauración en los años treinta y cuarenta del modo fordista de regulación de la acumulación. Sin embargo, estas orientaciones no han dado lugar en Francia, hasta el día de hoy, a trabajos coherentes de historia de la urbanización fundadas sobre estos nuevos conceptos.

La cuestión de la política.

La investigación urbana de inspiración marxista de los años setenta se había desinteresado de la política en provecho del estudio de las políticas. Observaba el Estado como un conjunto de aparatos y de prácticas que actúan sobre la sociedad civil, y no como lo que es también en las democracias occidentales, una autoridad aceptada como legítima por la sociedad. La mayor parte de los trabajos pasaban así directamente del estudio de los intereses de clase al examen de los "efectos objetivos" de las políticas urbanas sobre éstos, lo que tenía como consecuencia el deslizamiento desde una teoría de las contradicciones hacia una teoría funcionalista. El proceso político-administrativo de formación de las políticas y la reproducción misma de la legitimidad política eran consideradas como secundarias. Al mismo tiempo, una cuestión esencial desde el punto de vista de la corriente marxista era evitada: ¿cómo es que las políticas urbanas capitalistas sin duda originan movimientos sociales, pero no debilitan sustancialmente la sumisión o la adhesión popular al orden social y político global?

De allí resulta una reconsideración de las relaciones entre política y sociedad que se liga con las indicaciones que daba ya Gramsci durante la estabilización europea de los años veinte. La dominación de una clase en el Estado se funda sobre una hegemonía construida previamente en la sociedad civil. Las ideologías y las prácticas políticas tienen como raíces el tejido de las instituciones de la sociedad, las relaciones sociales que allí se establecen las cosas de la vida cotidiana. Hacia esta nueva forma de observar la política convergen varias corrientes de investigación. La sociología urbana de inspiración marxista se desvía de los análisis globales de las políticas del Estado central para estudiar las

municipalidades, que se convierten en el campo privilegiado de observación de la formación de las hegemonías políticas (Lojkine, 1980, Préteceille, 1985). Aquí se produce un encuentro fructífero con los historiadores, quienes trabajaban por su parte, sea sobre el socialismo municipal (Meuret, 1982), sea sobre la implantación del partido comunista en las municipalidades "rojas" a partir del entre -dos- guerras, y más ampliamente sobre las relaciones entre vida cotidiana, vida asociativa y vida política al nivel local (Girault, 1977; Brunet, 1980, Fourcaut, 1983; Fourcaut, ed. 1987). Además, ciertos trabajos clásicos de sociología electoral evolucionan hacia la toma en cuenta de los determinantes sociales del comportamiento político, en particular, la difusión en masa de la propiedad inmobiliaria (Capdevielle, 1980).

En estas investigaciones, aparece una interrogante más fundamental todavía relacionada con la naturaleza del proceso político mismo en las democracias representativas. Se supone que el Estado democrático representa la voluntad nacional, y, en sus formas modernas, las necesidades de la población. Las instituciones políticas están fundadas sobre un proceso de delegación de poder, el cual comporta efectos propios, en particular en la definición de las necesidades sociales. Este proceso se vuelve a su vez objeto de investigación. (Godard, Pendariés, 1979).

La cuestión de los poderes.

Los lugares del poder desbordan ampliamente el Estado, la geografía de los sistemas de poder no es solamente la de las clases sociales. Esta tesis, reformulada en Francia por Michel Foucault, vino a cuestionar radicalmente el punto de vista marxista desde los años setenta y contribuyó fuertemente a renovar los objetos de investigación. Una vez más, la teoría se esforzaba en otorgar sentido a una experiencia histórica, la de las revueltas que desde los años sesenta, explotan regularmente en las instituciones disciplinarias. Tanto el movimiento anti-psiquiátrico como los motines en las prisiones designan de hecho relaciones de dominación hasta entonces no pensadas. Nos dábamos cuenta que unos dispositivos silenciosos de disciplina, no cuestionados porque están fundados sobre un tratamiento científico de los sujetos anormales, están tal vez en la base misma del orden social. Una vez formulada la cuestión en estos términos; ya nada se escapa ni la medicina, ni la escuela, ni la vivienda, ni la familia. A su manera, los movimientos feministas, plantean una cuestión paralela, combatiendo una forma de dominación evidentemente distinta de las relaciones de clase.

TEXTO

Este nuevo campo de investigación es abierto en Francia por una serie de trabajos inspirados en Foucault, los cuales quieren demostrar que los equipamientos colectivos, de los cuales la investigación urbana marxista afirma entonces a la vez la necesidad y la insuficiencia, son de hecho dispositivos de normalización, "equipamientos del poder" (Fourquet, Murard, 1977). Esta corriente da lugar a una serie de investigaciones sobre la genealogía de la escuela (Querrien, 1976), de la vivienda social (Murard, Zylberman, 1976), de las políticas familiares (Donzelot, 1977. Joseph, Fritsh, 1977) y de higiene pública (Morard, Zylberman, eds. 1977). A fines de los años setenta, este punto de vista radicalmente anti-estadista se encuentra en armonía con las dudas de una parte de la tecnocracia, cuyo modernismo sereno entró en crisis con la decadencia de la planificación de Estado y la llegada de las políticas de austeridad (Conan, Scheer, eds., 1977).

Otra tradición intelectual procedente de 1968 reencuentra al mismo tiempo la cuestión de los poderes. Desconfiada de las formas organizadas de lucha social, se esfuerza en hacer

resaltar las formas espontáneas y cotidianas de la resistencia popular a la dominación de clase, tanto dentro como fuera del trabajo (Cottureau, 1980). Este punto de vista, que converge con una antigua tradición de la historia social británica y norteamericana, conduce a estudiar el movimiento obrero, ya no solamente "desde arriba" sino en primer término "desde abajo", a partir de lo cotidiano de las relaciones de clase, fundamento de los movimientos colectivos más visibles (Perrot, 1974; Coffereau, 1986). Las prácticas populares en la ciudad se vuelven objeto de la historia (Perrot, 1981; Garden, Lequin, eds., 1984; Magri 1986).

Este mismo punto de vista conduce también a reexaminar la acción de las clases dominantes, la cual no se ejerce solamente en la empresa o sobre la escena política sino que busca también una transformación en profundidad de la vida cotidiana de las capas populares fuera del lugar de trabajo. A partir de esta hipótesis, se puede leer de nuevo la historia de todas las políticas sociales (Topalov, 1985), y en particular la de las políticas urbanas. Los orígenes del urbanismo moderno son analizados entonces como elemento de una acción reformadora que a todo lo largo de este siglo, actuó para cambiar los modos de vida populares y las relaciones entre clases (De Michelis, Teyssot, 1979, Gaudin, 1979, 1985; Burlen, ed. 1987; Magri Topalov, 1987).

La cuestión de las prácticas.

La investigación urbana de los años setenta estudiaba la urbanización, las políticas públicas y los movimientos sociales, como efectos de una dinámica estructural, como procesos sin sujeto. Postulaba que las prácticas resultan de una interacción entre las características derivadas de la posición de los grupos en la estructura social y las condiciones externas que resultan de la lógica de la acumulación y de las políticas estatales. Al mismo tiempo, esta investigación hacía la economía del estudio empírico de estas prácticas y, en consecuencia, la interpretación de su diversidad.

Ahora bien, la estabilización social puso de nuevo a la orden del día la cuestión de las prácticas cotidianas. Ella obliga, en efecto, a dar cuenta de su permanencia, cuando las condiciones "objetivas" de la existencia conocen cambios profundos. Obliga también a pensar su diversidad individual a igualdad de posición en la estructura social. La cuestión de la producción de los individuos se encuentra así planteada al mismo tiempo que la de la reproducción social. Por una parte, el desarrollo actual de los trabajos sobre los "modos de vida" es una búsqueda de respuestas a estas cuestiones. Desde el momento en que tales cuestiones son formuladas, la posición estructuralista encuentra un límite evidente y tiene que admitir que las prácticas no pueden ser deducidas de las posiciones de los agentes en la estructura (Pendariés, 1982).

Este cuestionamiento nace en primer término de la observación de que la existencia de un equipamiento colectivo no determina directamente las modalidades sociales de su utilización. Entre la práctica y sus condiciones hay que introducir entonces mediaciones (Pinçon-Charlot, Rendu, 1982). Así, la compra de una vivienda tiene un sentido muy diferente, no solamente según la posición de clase, sino también según la historia particular de la familia (Godard-Cuturello, 1980). Cohabitar en un mismo conjunto habitacional presenta dificultades, las cuales muestran la diversidad de las disposiciones adquiridas por cada grupo en el transcurso de su historia (Pinçon, 1981). Además la toma en cuenta de la especificidad de la posición de las mujeres en las otras relaciones sociales, en particular la relación laboral, conduce también a tomar en cuenta la pluralidad de las relaciones sociales en las cuales se inscriben los modos de vida. (Barrere-Maurisson, et. al., 1984).

Se descubre así que las prácticas cotidianas presentan una coherencia de la cual hay que dar cuenta. Si numerosas investigaciones no evitan las tautologías del culturalismo vulgar otras se orientan hacia el estudio de la producción social de las disposiciones individuales. El método de las historias de vida y el estudio de las trayectorias familiares son movilizados para avanzar sobre este problema, esforzándose en ligar el análisis de las posiciones de clase, el de los cambios de coyuntura histórica y el de la formación de los destinos individuales. (Bouffartigue et. al., 1984; Piñçon, 1987).

Estas investigaciones sobre las prácticas populares señalan además una vía para rebasar el funcionalismo y el economismo que marcaron los marxismos de los años setenta. Los trabajadores ya no son vistos como una simple fuerza de trabajo, es decir desde el punto de vista de su función para el capital, sino también como sujetos que desarrollan prácticas. Estas prácticas de clase no necesariamente toman la forma de la acción colectiva, porque las respuestas populares a las situaciones son en principio cotidianas y silenciosas. Contribuyen también a definir el curso de las cosas, incluso el de la acumulación. Así, la eficacia de los obstáculos puestos por los obreros-campesinos del siglo XIX a la proletarización es una clave para entender el retraso industrial francés (Noiriel, 1984) y las políticas de los patronos de la siderurgia solamente son inteligibles si se observan los modos de vida obreros como formas de lucha (Freysenet, 1980).

3. Conclusión.

No cabe duda acerca de que los objetos construidos por la corriente marxista de los años setenta se hayan desarticulado. ¿Pero en que dirección van a ir los desarrollos en curso?. Me parece que podría haber dos formas de contestar esta pregunta.

Por una parte, asistimos a una rehabilitación del empirismo, de la descripción infinita de las singularidades. Es el regreso al individuo, después del período de auge de los estructuralismos, los cuales le habían hecho abandonar el primer plano de la escena.

Durante unos treinta años, rechazando el postulado esencial del positivismo, y tal vez también la experiencia más fundamental del sentido común moderno, de hecho, ya no se consideraba al individuo "concreto" como el principio último de la acción social. Esta revolución teórica había comenzado cuando la lingüística se dio por objeto el sistema del idioma más que la diversidad de la palabra y luego se había difundido en todas las ciencias sociales. La escuela de los Annales había cambiado totalmente la historia, enseñando que debajo de la espuma de los eventos, está la temporalidad lenta de las estructuras sociales, y que los sujetos sociales son actuados tanto como actores. La antropología estructuralista analizaba sistemas de parentesco de los cuales los agentes solamente son los soportes y construcciones míticas que "se piensan" en los hablantes. El regreso de Lacan a Freud planteaba al individuo como una ilusión necesaria que resulta de la hipótesis del inconsciente, él mismo "estructurado como un lenguaje". La lectura de Marx hecha por Althusser era un "anti-humanismo teórico" que colocaba el desarrollo objetivo de las contradicciones de los modos de producción como principio del movimiento histórico. Foucault desmontaba sistemas de poder en los cuales los integrantes están presos sin siquiera saberlo. La literatura también participaba en este movimiento, con la abolición del narrador y del sujeto de la percepción en la "nueva novela".

El regreso actual al individuo puede ser visto como una batalla conducida por los positivismos que renacen de sus cenizas para abolir el pensamiento crítico de los decenios anteriores, del cual las diversas variantes del estructuralismo y del marxismo eran en Francia la expresión. Existe así tanto en el campo intelectual, como en el campo social y político, períodos de reacción e incluso de restauración. Un aspecto del regreso al individuo me parece ser, de hecho, la rehabilitación de la evidencia positivista de que este

es el sujeto último de la acción y que sabe lo que hace. A partir de allí, las ciencias sociales pueden regresar apaciblemente a los métodos y a las teorías construidas por las versiones sabias del sentido común.

Así es que la investigación urbana francesa de hoy puede abandonarse a los encantos de la observación etnográfica (Pétonned, 1979-1982) y adoptar de nuevo el lenguaje del culturalismo (Verret, 1979). Descubre como una novedad la escuela de Chicago y decide ignorar los fenómenos macrosociales para consagrarse al "objeto local", a lo "micro-social", a lo "cotidiano" ("La vie quotidienne", 1978; De Certeau, 1980). El mito del Estado benévolo renace de sus cenizas, y la cuestión de las políticas públicas se encuentra a veces planteada en términos muy cercanos a los de los años 1960 (Imbert, Chombart de Lauwe, eds. 1982). Además se observa un olvido organizado de los resultados de diez años de investigación, en particular los obtenidos por los historiadores de la ciudad del siglo XX (Agulhon, ed. 1983).

Pero, por otro lado, los desarrollos en curso también son el fruto de un examen crítico de los resultados obtenidos con la ayuda de los planteamientos e investigaciones estructuralistas y marxistas, de una tentativa por superar los límites de éstos preservando lo adquirido. Me parece bastante claro que los nuevos paradigmas que surgieron de todo este cuestionamiento todavía no han adquirido el alcance y la influencia de los anteriores. Podemos tratar de hacer lo necesario para que lo logren, pero, como siempre, la historia decidirá sin nosotros.

CITAS:

[*] Ponencia presentada en el seminario: La Investigación Urbana en América Latina Caminos Recorridos y por Recorrer, septiembre 7 al 11 de 1987, Quito, Ecuador. Texto original en francés traducido por Anne Lyotard.

[**] Investigador del CNRS, Francia.

[1] (Centro Nacional de Investigación Científica).

BIBLIOGRAFIA:

Aglietta, Michel 1976. Régulation et crises du capitalisme. L'expérience des Etats Unis, Paris, Cahnann-Lévy, 334 p.

Agulhon, Maurice, ed. 1983 Histoire de la France urbaine. v. 4. La ville de l'age industriel Paris, Le Seuil, 665 p.

Albertsen, Niels. 1985. "Farewell to the city and marxism? Impressions from France" Unpublished paper, 30 p.

Amiot, Michel 1986 Contre l'Etat, les sociologues. Eléments pour une histoire de la sociologie urbaine en France (1900-1980). Paris, Editions de l'Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales, 304, P.

Anderson, Perry 1976. Considerations on western marxism. London, NLB.

Asher, F. Lacoste, J. 1974 Les producteurs du cadre bâti Grenoble, UER Urbanisation et Aménagement, 4 v.

Barrère-Maunsson, M.A., et. al. Le sexe du travail Structures familiales et système productif. Grenoble, Presses Universitaires de Grenoble, 1984., 320 p.

Bastie, Jean 1964 La croissance de la banlieue parisienne. Paris, Presses Universitaires de France, 624, p.

Bimbaum, Pierre 1973. "Le pouvoir local de la décision au système". Revue Française de Sociologie 14, 3, 336-351.

Bleitrach Danièle, CHENU, Alain 1979. L'usine et la vie. Lutttes régionales Marseille et Fos. Paris, Maspéro, 218 p.

Bleitrach, Danièle, et. al. 1981 Classe ouvrière et social-démocratie Lille et Marseille. Paris, Editions Sociales, 331 p.

Bobroff, Jacotte; Campagnac, Elizabeth, Veltz, Pierre. 1980. "Division du travail et modes de vie à propos de quelques orientation nouvelles dans 18 recherche urbaine en France" Antropologie et sociétés 4, 1, 3-20.

Bouffarugue, Paul Godard, Francis Pendaries, Jean-René, 1984. Au fil de la lignée familles de sidérurgistes en Provence. Université de Nice, Laboratoire de Sociologie, 235 p.

Burlen, Katherine, ed. 1987. La banlieu oasis. Henri Selther et les cités-jardins, 1900 -1940. Saint Denis, Presses Universitaires de Vincennes, 302, p.

Brunet, Jean Paul, 1980 Saint-Denis, la ville rouge, 1890-1939. Paris, Hachette, 462 p.

Campagnac, Elizabeth, Tabary Taveau, L. 1979. Transformation des modes de vie a habitat ouvrier. Le développement de la maison individuelle dans l'espace péri-urbain de Dunkerque. Paris, Centre de Recherches et de Rencontres d'Urbanisme, 260 p.

Capdevielle, Jacques, 1986. Le fétichisme du patrimoine. Essai sur un fondement de la classe moyenne. Paris, Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, 384 p.

Carassus, Jean 1983. Logement prix a production. Eléments sur la formation du prix des logements neufs a la production du cadre bati en France entre 1962 et 1982. Paris, Université de Paris-Dauphine, 307 p.

Castells, Manuel 1968. "Y-a-t'il une sociologie urbaine?" Sociologie du Travail 10, 1, janvier-mars, 72-90.

Castells, Manuel 1972. La question urbaine. Paris, Maspéro, 451 p.

Castells, Manuel 1973. Lutttes urbaines a pouvoir politique. Paris, Maspéro, 135 p.

Castells, Manuel 1983. The city and the grass-roots. London, Edward Arnold.

Castells, Manuel, Cherki, Eddy, Godard, Francis, Mehl, Dominique. 1978. Crise du logement a mouvements sociaux urbains. Enquete sur la région parisienne. Paris, La Haye, Mouton, 594 p.

Castells, Manuel Godard, Francis 1974. Monopolville Analyse des rapports entre l'Etat et l'urbain à partir d'une enquête sur la croissance industrielle et urbaine de la région de Dunkerque. Paris, La Haye, Mouton, 496 p.

Castex, Jean, Depaule, Jean-Charles, Panerai, Philippe, 1977. Formes urbaines: de l'ilot à la barre. Paris, Dunod, 230 p.

Centre d'Etudes et de Recherches marxistes. 1974. Urbanisme monopoliste, urbanisme démocratique. Paris, Les cahiers du CERM, 376

Chamboredon, J. C.; Lemaire, M. 1970. "Proximité spatiale et distance sociale. Les grands ensembles et leur peuplement" Revue Française de Sociologie 11, 1, 3-33.

Cherki, Eddy, Mehl, Dominique. 1979. Les nouveaux embarras de Paris. Paris, Maspéro, 218 p.

Choay, Françoise, 1965. L'urbanisme, utopies et réalités Une anthologie. Paris, Le Seuil.

Chombart De Lauwe, Paul Henry, et. al. 1952. Paris a l'agglomération parisienne. v.1: L'espace social d'une grande cité; v.2. Méthodes de recherche pour l'étude d'une grande cité. Paris, Presses Universitaires de France 262+ 109 p.

Chombart De Lauwe, Paul Henry, et. al. 1960. Famille et habitation. v.1. Sciences humaines et conception de l'habitation; v.2. Un essai d'observation expérimentale. Paris, CNRS, 220+364 p.

Clerc, Paul 1967. Grands ensembles et banlieues nouvelles. Enquête démographique et psycho-sociologique. Paris, Presses Universitaires de France, 472 p.

Coing, Henri 1966. Rénovation urbaine et changement social L'ilot 4, Paris 13' Paris, Editions Ouvrières, 303 p.

Coing, Henri 1982. La ville, marché de l'emploi Grenoble, Presses Universitaires de Grenoble, 307 p.

Combes, Danièle; Latapie, Etienne, 1974. L'intervention des groupes financiers français dans l'immobilier. Paris, Centre de Sociologie Urbaine, 384 p.

Combes, Danièle, 1978. Industrie du bâtiment et immobilier La production de logements des grandes entreprises et leur clientèle Paris, Centre de Sociologie Urbaine, 230 p.

Conan, Michel, Scheer, Leo, eds. 1977. Esquisse d'une histoire de l'urbanisme prendre la ville (Actes du colloque de Saint-Etienne-en Dévoluy, Février 1976). Paris, Anthropos, 484 p.

Cornuau, Claude, et. al. 1965. L'attraction de Paris sur sa banlieue. Etude sociologique. Paris, Editions ouvrières, 320 p.

Cottureau, Alain 1969 "L'apparition de l'urbanisme comme action collective l'agglomération parisienne au début du siècle". Sociologie du Travail 11, 4, octobre-décembre, 342-365.

Cottureau, Alain, 1970. "Les débuts de la planification urbaine dans l'agglomération parisienne", Sociologie du Travail 18, 4, octobre-décembre, 362-392.

Cottureau, Alain 1980. "Vie quotidienne et résistance ouvrière a Paris en 1870". Introduction à Poulot, Denis, *Le sublime ou le travailleur comme il est en 1870, et ce qu'il peut-être Paris*, Maspéro, 7-102.

Cottureau, Alain 1986. "The distinctiveness of working-class cultures in France, 1848-1900", In Katznelson, Ira; Zolberg, Aristide. *Working-class formation nineteenth-century patterns in Western Europe and the United States* Princeton, NJ, Princeton University Press, 111-154.

Dagnaud, Monique. 1978. *Le mythe de la qualité de la vie. Enquête sur l'idéologie urbaine de l'élite technocratique et politique*. Paris, La Haye, Mouton, 304 p.

Dagnaud, Monique 1983. "A history of planning in the Paris region From growth to crisis", *International Journal of Urban and Regional Research* 7, 2, 214-236.

De Certeau, Michel 1980. *L'invention du quotidien Paris*, UGE.

De Michelis, Marco; Teyssot, Georges 1979. *Architecture et social- démocratie Les conditions du projet social-démocrate sur l'espace urbain*. Paris, Institut d'Etudes et de Recherches Architecturales et Urbaines, 394 p.

Donzelot, Jacques. 1977. *La police des familles*. Paris, Editions de Minuit, 221 p.

Duclos, Denis, 1973. *Propriété foncière a processus d'urbanisation. Deux opérations de rénovation urbaine à Paris entre 1958 a 1971*. Paris, Centre de Sociologie Urbaine, 222 p.

Fourcaut, Annie 1983 *Bobigny, banlieu rouge*, Paris, Editions Ouvrieres, Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, 215 p.

Fourcaut, Annie, ed. 1987. *Un siècle de banlieu parisienne*. Paris, I.'Harmattan.

Fourquet, François; Murard, Lion. 1977. *Les équipements du pouvoir Paris*, Union Générale d'Édition.

Freyssenet, Michel 1977. *La division capitaliste du travail Paris*, Savelli, 226 p.

Freyssenet, Michel 1980. "D'une tentative à l'autre: fixer, puis liberer les ouvriers de métier. Le cas de Welden" en "La vie quotidienne en milieu urbain". *Annales de la recherche urbaine*, supplément, 25-45.

Freyssenet, Michel 1981. "Les processus d'internationalisation de la production: Renault, 1898-1980" *Revue de l'Economie Industrielle* 15, septembre.

Gaillard, Jeanne. 1977 *Paris, la ville 1852-1870*. Paris, Champion, 687 p.

Ganne, Bernard. 1980. "De l'aménagement du territoire aux études de quartier, ou les avatars de la question urbaine" *Economie et Humanisme* 252, 3-12.

Garden, Maurice; Lequin, Yves, ed. *Habiter la ville, XV-XX siècles*. Lyon, Presses Universitaires de Lyon, 315 p.

Gaudin, Jean-Pierre, 1979. *L'aménagement de la société Politiques, savoirs et représentations sociales: la production de l'espace aux 19' et 20'siècles*. Paris, Anthropos, 421 p.

Gaudin, Jean-Pierre. 1985. L'avenir en plan. Paris, Champ Vallon.

Girault, Jacques. 1977 Sur l'implantation du Parti communiste français dans l'entre-deux-guerres. Paris, Editions Sociales, 347 p.

Godard, Francis. 1975 "Classes sociales et modes de consommation" La Pensée 180, mars-avril, 140-103.

Godard, Francis, Cuturello, Paul. 1980 Familles mobilisées. Accésion de la propriété du logement et notion d'effort des ménages. Nice Laboratoire de Sociologie de l'Université de Nice, 282 p.

Godard, Francis; Jean-René 1979. Les modes de vie dans le discours de la représentation Institutions locales et production politique des besoins. Université de Nice, Laboratoire de Sociologie, 467 p.

Godard, Francis, et. al. 1973 La rénovation urbaine à Paris. Structure urbaine et logique de classe. Paris, La Haye, Mouton, 148 p.

Granelle, Jean Jacques, 1970. Espace urbain et prix du sol Paris, Sirey, 292 p.

Grémion, Pierre, 1976. Le pouvoir périphérique. Bureaucrates et notables dans le système politique français. Paris, Editions du Seuil.

Guerrand, Henn, 1966. Les origines du logement social en France. Paris, Editions Ouvrières, 359 p.

Haumont, Nicole, 1966. Les pavillonnaires Etude psycho-sociologique d'un mode d'habitat. Paris, Institut de Sociologie Urbaine, 248 p.

Haumont, Nicole, et. al 1971. La copropriété. Paris, Centre de Recherche d'Urbanisme, 210 p.

Huet, Armel; Kaufmann, Jean-Claude, Péron, René; Sauvage, André, 1977. Urbanisation capitaliste et pouvoir local Paris, Jean-Pierre Delarge editeur, 259 p.

Imbert, Maurice, Chombart De Lauwe, Paul Henri, eds., 1982. La banlieue aujourd'hui (Actes du colloque de Montreuil, janvier, 1981). Paris, L'Harmattan, 314 p.

Jacquement, Gérard, 1984. Belleville au XIX siècle. Paris, Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales, 452 p.

Joseph, Isaac, Pritsch, Philippe, 1977. "Disciplines à domicile. L'édification de la famille". Recherches 20, novembre, 347 p.

Kopp, Anatole, 1967. Ville et révolution. Architecture et urbanisme soviétique des années vingt. Paris, Anthropos, 280 p.

"La vie quotidienne en milieu urbain (Actes du colloque de Montpellier, 1970)". Annales de la recherche urbaine, supplément, 1978.

Lafont, Jean; Leborgne, Danièle. 1977. Immobilier et processus inflationniste. Paris, CEPREMAP, 156 p.

Lamy, Bernard, 1971. Les nouveaux ensembles d'habitation et leur environnement. Eléments de bibliographie analytique. Paris, Centre de Sociologie Urbaine, 233 p.

Lebas, Elizabeth 1982. "Urban and regional sociology in advanced industrial societies: a decade of Marxist and critical perspectives", *Current sociology*, 30, 1, Spring, 271 p.

Ledru, Raymond, ed., 1972. L'analyse interdisciplinaire de la croissance urbaine. (Colloque national du CNRS, Toulouse, 1971). Paris, CNRS, 387 p.

Lefebvre, Henri, 1967. Position contre les technocrates Paris, Editions Gonthier, 233 p.

Lefebvre, Henri, 1968. Le droit à la ville. Paris, Anthropos, 2v., 164+176 P.

Lescure, Michel, 1982. Les banques, l'Etat et le marché immobilier en France à l'époque contemporaine, 1820-1940. Paris, Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales, 621 p.

Lipietz, Alain, 1974. Le tribut foncier urbain. Circulation du capital et problème foncier dans la production du cadre bâti Paris, Maspéro, 240 p.

Lojkine, Jean, 1972. La politique urbaine dans la région parisienne, 1945-1972 Paris, La Haye, Mouton, 280 p.

Lojkine, Jean, 1974. La politique urbaine dans la région lyonnaise, 1945- 1972 Paris, La Haye, Mouton, 294 p.

Lojkine, Jean, 1977. Le marxisme, l'Etat et la question urbaine. Paris, Presses Universitaires de France, 362 p.

Lojkine, Jean, Delacroix, René, Mahieu, Christian, 1970. Politique urbaine et pouvoir local dans l'agglomération lilloise. Paris, Centre d'Etude des Mouvements Sociaux, 405 p.

Lojkine, Jean, 1980. "Politique urbaine et pouvoir local" *Revue Française de Sociologie* 21, 4, 633-655.

Magri, Susanna, 1972. Politiques du logement et besoins en main-d'oeuvre Paris, Centre de Sociologie Urbaine, 172 p.

Magri, Susanna, 1977. Logement et reproduction de l'exploitation. Les politiques étatiques du logement en France, 1947-1972 Paris, Centre de Sociologie Urbaine, 312 p.

Magri, Susanna, 1986. "Le mouvement des locataires à Paris et dans sa banlieue, 1919 -1925". *Le Mouvement Social*, 136, octobre-décembre, 51-72.

Magri, Susanna, Topalov, Christian 1987. "De la cité-jardin à la ville rationalisée: un tournant du projet réformateur (1905-1925) Etude comparative France, Grande Bretagne, Italie, Etats Unis", *Revue Française de Sociologie* 28, 3, juillet-septembre, 417-451.

Mayer, René, 1965. Prix du sol et prix du temps. Essai de théorie sur la formation des prix fonciers. Paris, Ministère de la Construction, 42

Merlin, Pierre 1968. "Modèles d'urbanisation (analyse bibliographique)". *Cahiers de l'IAURP*, 11, mai, 72 p.

Meuret, Bernard, 1982. Le socialisme municipal Villeurbanne, 1880-1982 Histoire d'une différenciation. Lyon, Presses Universitaires de Lyon.

Murard, Lion, Zyberman, Patrick, 1976. "Le petit travailleur infatigable ou le prolétaire régénéré. Villes usines Habitat et intimités au XIX siècle". Recherches 25, novembre, 292 p.

Murard, Lion; Zyberman, Patrick, 1977. "l'haleine des faubourgs Ville, habitat et santé au XIX siècle", Recherches 29, décembre, 463 p.

Noiriel, Gérard 1986. Les ouvriers dans la société française, XIX-XX siècles. Paris, Le Seuil.

Pendariés, Jean René, 1982. "De l'inductibilité des pratiques sociales". En Godard, Francis, Cuturello, Paul Familles mobilisées. Paris, Plan Construction.

Perrot, Michèle, 1974. Les ouvriers en grève. France, 1871-1890. Paris, La Haye, Mouton, 2v.

Perrot, Michèle, 1981. "Les ouvriers, l'habitat et la ville au XIX siècle". In La question du logement et le mouvement ouvrier français. Paris, Editions de la Villette, 18-39.

Pétonnet, Colette. 1979. On est tous dans le brouillard. Ethnologie des banlieues Paris, Galilée.

Pétonnet, Colette, 1982. Espaces habités. Paris, Galilée.

Pincon, Michel, 1981. "Habitat et modes de vie: la cohabitation des groupes sociaux dans un ensemble HLM", Revue Française de Sociologie 22, 4, octobre-décembre.

Pincon, Michel. 1987. Désarrois ouvriers. Familles de métallurgistes dans les mutations industrielles et sociales. Paris, L'Harmattan, 183 p.

Pinçon-Charlot, Monique; Rendu, Paul, 1982. "Distance spatiale, distance sociale aux équipements collectifs en Ile de France. Des conditions de la pratique aux pratiques". Revue Française de Sociologie 23, 667-696.

Pinçon-Charlot, Monique; Préteceille, Edmond, Rendu, Paul. 1986. Ségrégation urbaine. Classes et équipements collectifs en région parisienne. Paris, Anthropos, 291 p.

Politiques urbaines et planification des villes (colloque de Dieppe, avril 1974). Paris, Copedith, 1974, 1064 p.

"Pour un urbanisme...". La nouvelle Critique 78 bis, 1974.

Préteceille, Edmond, 1973. La production des grands ensembles. Paris, La Haye, Mouton, 170 p.

Préteceille, Edmond. 1974. Jeux, modèles et simulations. Critique des jeux urbains. Paris, La Haye, Mouton, 208 p.

Préteceille, Edmond, 1981. "Collective consumption, the state and the crisis of capitalist society". In Harloe, Michael, Lebas, Elizabeth. City, class and capital, London, Arnold, 1-16.

Préteceille, Edmond, Terrail, Jean Pierre, 1985. Capitalism, consumption and needs. Oxford, Basil Blackwell, 220 p.

Préteceille, Edmond, 1985. "Crise hégémonique et restructuration territoriale de l'Etat. La gauche et la décentralisation en France". Revue Internationale de l'Action Communautaire, printemps, 49-59.

Querrien. Anne. 1976. "L'enseignement. 1. L'école primaire". Recherches 23, juin, 248 p.

Raymond, Marie-Geneviève. 1966. La politique pavillonnaire Paris, Centre de Recherche d'Urbanisme, 363 p.

Scott, Allen J., 1986. "Industrialization and urbanization, a geographical agenda". Annals of the Association of American Geographers 76, 1, 25-37.

Thoenig, Jean-Claude. 1973. L'ère des technocrates. Paris, Les Editions de l'Organisation.

Thoenig, Jean-Claude; Friedberg, Ehrard, 1970. La création des directions départementales de l'Equipement Phénomènes de corps et réforme administrative. Paris, Groupe de Sociologie des Organisations.

Topalov, Christian. 1974. Les promoteurs immobiliers Contribution à l'analyse de la production capitaliste du logement en France. Paris, La Haye, Mouton, 413 p.

Topalov, Christian, 1979. La urbanización capitalista. Algunos elementos para su análisis. México, Edicol 186 p.

Topalov, Christian. 1984. Le profil, la rente et la ville. Eléments de théorie. Paris, Economica, 233 p.

Topalov, Christian. 1985. "Social policies from below a call for comparative historical studies", International Journal of Urban and Regional Research 9, 2, June, 254-271.

Topalov, Christian. 1987. Le logement en France. Histoire d'une marchandise impossible. Paris, Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, 437 p.

Veltz, Pierre. 1977. La politique urbaine à Dunkerque, 1970-1977. Paris, BETURE.

Verret, Michel. 1979. L'espace ouvrier. Paris, Armand Colin, 232 p.

Worms, Jean-Pierre, 1966. "Le préfet et ses notables", Sociologie du Travail 3, 249-275.